

La relación individuo-sociedad: una aproximación desde la Sociología de Georg Simmel

Understanding the relation between individual and society through Georg Simmel's sociology

Ariel Wilkis y Matías Berger

Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.
arielwilkis@sinectis.com.ar y mberger@ceil-piette.gov.ar

Resumen

En este artículo transitamos por diferentes pasajes de la obra de Georg Simmel para buscar en la originalidad de su pensamiento una de las marcas de origen de la teoría social moderna: la tensión entre individuo y sociedad. Simmel expresa de manera acabada que la pregunta por lo social, ¿Cómo es posible la sociedad?, es un interrogante que lleva a la reflexión sociológica a transitar por las ramificaciones filosóficas que se tejen siempre sobre la díada individuo-sociedad. Nuestro objetivo será defender la tesis que el intento simmeliano de fundar una ciencia de lo social no puede ser separado de sus interpretaciones sobre la configuración de la modernidad. Por lo tanto argumentamos que ambos niveles de reflexión tienen una conexión específica que trataremos de develar a lo largo de nuestro artículo.

Palabras clave: Simmel, Teoría social, Sociología de la modernidad

Abstract

This article identifies, among Georg Simmel's various writings, his conception of one of modern social theory's founding concepts: the tension between individual and society. Simmel insists that the question "How is society possible?" requires a philosophical, as much as a purely sociological, answer.

In this article we argue that Simmel's objective in founding a science of society cannot be separated from his interpretation of modernity. We shall try to bring out what we see as the clear and specific connection between his two projects.

Keywords: Simmel, Social Theory, Sociology of modernity

Introducción

Desde sus orígenes la teoría social se vio obligada a objetivar un segmento de la realidad para delimitar “lo social”. De esta manera pretendía demandar para sí un objeto de estudio y formular una declaración de principio que le permitiese saldar sus diferencias con otras ciencias del hombre. Con esta diferenciación se inician las operaciones que sustentan el nacimiento de la sociología, pero también, quizás sin proponérselo, se da forma a un interrogante que por aquellos días inquietaba a muchos de los padres fundadores: ¿qué tratamiento le compete a los fenómenos del espíritu desde una disciplina de lo social? Este interrogante atravesaba al conjunto de pensamientos hoy considerados “clásicos” de la sociología.

Esta impronta acuñada desde el origen de esta ciencia social nos ubica en una problemática que reaparece incansablemente, más allá de las posiciones adoptadas por aquellos padres fundadores. En tal sentido podríamos referirnos a una “falla constitutiva de la sociología” o a un deslizamiento constante, y nunca acabado, sobre categorías que tienen por objeto demarcar los límites entre la sociedad y el individuo. Es esta una tarea de institución que no se ha resuelto totalmente. Basta con advertir en la actualidad la insistente presencia de aquel interrogante para darnos cuenta de su cautivante recurrencia e incansable permanencia de la cual no podemos escaparnos fácilmente.

La opacidad de esos límites mantiene su pertinencia. Sin permiso aparece en la mayoría de las tradiciones y toma un lugar que no puede ser conjurado sin enfrentar las dificultades ontológicas y epistemológicas que advierte.

Esta inconsistencia de un espacio propio de la sociología se refleja en los permanentes desplazamientos entre pares de conceptos. Más que inspirados en los movimientos, estos pares se presentan como una tensión que obliga a comprender al mundo social desde una matriz dicotómica. Dualidad que generalmente asume la forma de objetivismo versus subjetivismo, o también se anuncia como la oposición entre individual y colectivo. Ambas figuras, si bien responden a anclajes distintos, se asemejan en lo tocante a la desconexión que simbolizan. Escisión de esferas que pone en cuestión la ontología del mundo social y, por ende, somete a discusión las formas de abordarlo.

Esta interpretación general del desarrollo de la teoría social es nuestro marco para volver tras los pasos de Georg Simmel y preguntarnos si el pensador berlinés nos ha legado alguna pista para sortear la mencionada “falla constitutiva” que atañe específicamente al estatus ontológico y analítico de la relación entre individuo y sociedad.

Ahora bien, la incursión en la sociología de Simmel nos enfrenta no sólo con un pensador multifacético, a veces visto como asistemático, sino sobre todo con aquel que, desde nuestro punto de vista, expresa de manera acabada que la pregunta por lo social, ¿Cómo es posible la sociedad?, es un interrogante que lleva a la reflexión sociológica a transitar por las ramificaciones filosóficas que se tejen siempre sobre la díada individuo-sociedad.

Sociedad e individuo en la sociología de Simmel

La sociología simmeliana se funda en una particular disposición de la mirada; es un saber en perspectiva que pretende conjurar otras miradas para establecer el ámbito de indagación sobre lo social. Por un lado, está la afirmación que la única realidad concreta son los individuos y por ende,

un objeto específico de la sociología se esfuma ante esta evidencia. La psicología se arroga la facultad de predicar todo lo referido al acontecer del hombre dada su mirada centrada en los procesos internos de los individuos. Por otro lado, la sociología no encuentra su problemática específica cuando se afirma lo contrario: todo lo que los hombres hacen y son discurre en el interior de la sociedad. Esta generalidad sobrepasa los límites de una disciplina particular y convierte a todas las ciencias del espíritu en ciencias de la sociedad.

Ante este cuadro, en la intención fundadora de Simmel se vislumbra una mirada que en su distancia recobra los contornos sociales de la experiencia individual como la impronta subjetiva de las formas sociales. Desde esta perspectiva, Simmel vuelca su esfuerzo teórico en redefinir los elementos que den cuenta de la vida social. Para la interpretación que presentamos en este artículo estas redefiniciones recaen centralmente en la conceptualización de la sociedad, el individuo y la relación entre ellos.

Consideramos relevante tres características de la mirada simmeliana sobre lo social:

- La coextensión de la sociedad a las acciones recíprocas entre individuos.
- La irreductibilidad de lo social a una forma.
- La desreificación de las formas sociales.

La sociedad no tiene una existencia previa ni de exterioridad absoluta sobre la interacción de los individuos. La sociedad existe allí donde los individuos entran en acción recíproca (Georg Simmel, 1939 :13). La sociedad no está ni más allá ni más acá de las acciones recíprocas que establecen los sujetos. Como entidad cerrada y uniforme deja el espacio a la multiplicidad de las relaciones que ligan a los individuos. Así, lo social es irreductible a una sola forma de interrelación. El concepto que permite asir lo múltiple de las formas sociales es el de socialización. Para la propuesta de Simmel este concepto brinda un objeto a la sociología a la vez que da cuenta la multiplicidad y complejidad de lo social.

La mirada simmeliana da cuenta de la vida social a través de la unidad establecida entre las formas sociales de acciones recíproca (socialización) y la variedad de intereses, impulsos, fines u objetivos particulares que son los contenidos de aquellas figuras. La socialización es la forma, de diferentes maneras realizadas, en la que los individuos sobre la base de los intereses sensuales e ideales, momentáneos o duraderos, conscientes e inconscientes, que impulsan causalmente o inducen teológicamente, constituyen una unidad dentro de la cual se realizan aquellos intereses (Simmel, 1939: 14). La trama social se teje en el carácter unitario de las formas y sus contenidos, en la copresencia de elementos sociales e individuales que en la realidad se tornan muy difíciles de separar. El acontecer social empieza y termina en la unidad establecida entre forma y contenido.

La coextensión de la sociedad a las acciones recíprocas entre individuos y la irreductibilidad de lo social a una forma se complementan con un tercer elemento que delinea la perspectiva simmeliana. En efecto, la refutación de que la sociedad tiene una existencia previa a las relaciones entre los sujetos y que estas son uniformes conlleva a desreificar los objetos sociales tal como eran hipostasiados por cierta sociología oficial. En sentido similar a crítica weberiana de los conceptos funcionalistas, la preocupación simmeliana trata de dar cuenta de los procesos ínfimos, dirigir la mirada a las interacciones microscópicas, celulares, que constituyen los hilos delgados de las

relaciones sociales que siempre están en un continuo comienzo, en un volver a empezar y que dejan espacio a la singularidad de los individuos. “Hay que examinar las acciones recíprocas particulares, que se ofrecen en masas, a las que no está habituada la mirada teórica, considerándolas como formas constitutivas de la sociedad, como partes de la socialización.” (Simmel, 1939: 27) La trama social se hace, deshace y vuelve hacer desde estas ínfimas interacciones que han estado opacadas por el artefacto teórico de la sociología. El Estado, los partidos, las religiones, son unidades mayores que, si no se pone en relieve que están constituidas por los trazos finos de la acción recíproca de los sujetos, son hipostasiados. “Todos aquellos grandes sistemas y organizaciones supraindividuales en los que se suele pensar en relación con el concepto de sociedad, no son otra cosa que las consolidaciones (en marcos duraderos y configuraciones independientes) de interacciones inmediatas que se producen hora tras hora y a lo largo de la vida entre los individuos.” (Simmel, 2002a: 33) En función de la reposición de la mirada sobre los hilos sociales que constituyen la trama social, y para evitar la substancialización de la sociedad como una entidad independiente sobre las interacciones de los individuos, Simmel propone que se debería hablar más de socialización que de sociedad para referirse a la dinámica que cubre el campo social. Desde nuestro punto de vista, la opción por el segundo concepto le brinda a Simmel la posibilidad de hacer inteligible las relaciones sociales teniendo en cuenta las interacciones entre los sujetos, la irreductibilidad de las formas sociales y la desreificación de las unidades mayores.

De esta manera, Simmel establece una nueva relación entre estas figuras y las acciones recíprocas o formas de socialización. Hacer inteligible el movimiento de lo social consta de volver la mirada hacia las interacciones entre los individuos, de donde emerge el acontecer de la sociedad. En este sentido nos dice Simmel, la realidad social no es una sustancia sino un acaecer producto del hacer y sentir de los sujetos que entran en múltiples relaciones. Aquellas figuras son en sí mismas acciones recíprocas solidificadas y que ante los ojos del observador presentan una autonomía dada la persistencia de sus formas. Sin embargo, no sería de esperar su existencia sin la coexistencia de individuos interactuantes. Aunque las instituciones, tradiciones o costumbres colocan a los sujetos en un mundo social heredado, este requiere de la vivacidad de las interacciones que constituyen la trama social: “La sociedad en su vida, que se va realizando continuamente, siempre significa que los individuos están vinculados por influencias y determinaciones recíprocas que se dan entre ellos” (Simmel, 2002a:33).

El desplazamiento hacia las acciones recíprocas de los individuos como momento social por excelencia tiene su correlato en el lugar que ocupan los sujetos en la producción de la sociedad. En este caso, consideraremos los argumentos basados en una fenomenología de lo social. La socialización de los sujetos, las acciones recíprocas entre ellos, tiene la misma extensión que la conciencia de esa experiencia social. Este conocimiento constituye un a priori epistemológico de la existencia de la sociedad. Como bien se encarga Simmel de resaltar, la capacidad cognitiva de los sujetos no descansa en un saber teórico sino que es un conocimiento esencialmente práctico que produce “procesos y realidades”. El complemento de este a priori es el perspectivismo inherente a todo conocimiento. No hay una mirada sobre lo social sino tantas como experiencias que tienen los sujetos de su estar en sociedad. La vida social se asienta en la conciencia de estar en relación con otros, en las imágenes que tenemos de ellos y de nosotros mismos.

Este intento por restablecer las experiencias subjetivas en la constitución de los fenómenos sociales encuentra un nuevo argumento que contrapone el determinismo social con la capacidad de los sujetos de reservarse para ellos contenidos vitales que escapan a reducirse a formas sociales dadas.

Pero con esto el pensador alemán no se está refiriendo a una dualidad entre individuo y sociedad, por el contrario, afirma “El a priori de la vida social empírica afirma que la vida no es completamente social. No solo constituimos nuestras relaciones mutuas con la reserva negativa de que una parte de nuestra personalidad no entre en ellas; la parte no social de nuestra persona no actúa sólo por conexiones psicológicas generales sobre los procesos sociales del alma, sino que justamente el hecho formal de estar fuera de lo social, determina la naturaleza de esta influencia... De lo que se trata es, ante todo de esto: que el contenido social de la vida, aunque puede ser explicado totalmente por los antecedentes sociales y por las relaciones sociales mutuas, debe considerarse al mismo tiempo también, bajo la categoría de la vida individual, como vivencia del individuo y orientado enteramente al individuo.” (Simmel, 1939:45) Si bien el trabajo de la historia, las instituciones sociales o las formas de acciones recíprocas, actúan sobre el sujeto formándolo como miembro de la sociedad, no agotan su existencia: su ser no social preserva para sí una realidad tan real como su ser social. Estas dos formas de existencia no se excluyen sino que forman una unidad. La idea del nexo entre ambas partes abre el camino para pensar la relación sociedad-individuo no como un dualismo de dos términos independientes. La sociedad no se encuentra separada del individuo, sino que este es la síntesis de su pertenencia social y su existencia no social. Esta unidad conforma una relación al mismo tiempo de interioridad y exterioridad entre el individuo y la sociedad. Se es parte del todo social pero también se es un todo en sí mismo. Lo social se presenta como la forma necesaria pero siempre incompleta para dar cuenta de la individualidad: este dislocamiento, que señala una falla entre la forma social y la vida individual, establece que la sociedad esté en un permanente estado de acontecimiento, en un constante fluir entre el rebasamiento de las formas dadas y la restitución de nuevas.

La sociología filosófica de la modernidad.

En el desarrollo presentado hasta acá hemos delineado una interpretación sobre el tratamiento que el pensador berlinés da a la díada sociedad-individuo estableciendo categorías, relaciones y tensiones. En esta segunda parte quisiéramos seguir esta problemática desde el singular punto de vista de Simmel sobre la modernidad. Nos interesa analizar las ramificaciones entre la sociología simmeliana y su diagnóstico de la modernidad, y cómo entre ambas se configuran las aporías que acechan al lazo social moderno.

Es preciso reconocer en Simmel un pensador multifacético cuyos compromisos con la sociología fueron ciertamente variables a lo largo de su vida (ver Rammstedt, 2003). Ese hecho fundamenta una visión que no escinde sus intentos de crear un programa sociológico de sus reflexiones ligadas a la filosofía de la vida. Ello también habilita la consideración de Simmel como un sociólogo filósofo (Esteban Vernik, 2002).

Nuestra línea de análisis considera que la tensión entre individuo y sociedad que atraviesa la formulación del programa de la Sociología de Simmel no es independiente de su esbozo acerca del conflicto de la cultura moderna, más allá de las diferencias que es posible observar entre la tragedia sociológica y tragedia de la cultura (Donald Levine, 2002).

Sostendremos la tesis de que la fundamentación epistemológica de la sociología, planteada en “El problema de la sociología”, y el concepto de cosificación, expresan dos formulaciones sobre el mismo problema: la tensión individuo-sociedad. Cada una de ellas, a su manera, portan las huellas del

intento de Simmel de descubrir sociológica y filosóficamente que la vida moderna es la conexión incesante entre la individualización y la socialización, y que si es posible realizar esta distinción es porque el sentido de cada uno de estos procesos remite al otro.

El punto de partida de nuestra tesis es que el problema de la cosificación está presente en el interior de la propia Sociología. En el capítulo sobre la cantidad vemos que sólo los grandes círculos representan formas abstractas del nexo social que caracterizan la formación y funcionamiento de las instituciones. Dichas formas revisten un carácter transpersonal y objetivo frente a los individuos que procede justamente de la 'muchedumbre de elementos activos' que las conforman. Esta objetividad suprime la inmediatez. Simmel plantea allí este problema con un ejemplo sobre la relación entre Derecho (ley), costumbre y moral, donde el círculo mayor se encuentra expresado por el derecho y el menor por la moralidad individual.

Por otro lado, es en el escrito titulado "Las grandes urbes y la vida del espíritu" donde encontramos una exposición de los fundamentos sociológicos de la modernidad y de sus aporías que se presentan como un viaje de la sociología a la más honda metafísica de la vida. Simmel abre este texto planteando el problema propio de la modernidad: "Los más profundos problemas de la vida moderna manan de la pretensión del individuo de conservar la autonomía y peculiaridad de su existencia frente a la prepotencia de la sociedad, de lo históricamente heredado, de la cultura externa y de la técnica de la vida." (Simmel, 1986: 247) Ello se expresa en la forma del dinero, la ley, el tiempo objetivo, en definitiva, lo que Simmel resume en una vida dominada por la economía monetaria y el entendimiento, que aparecen como objetivación de lo social y como socialización de la objetividad, que posibilitan las acciones recíprocas individuales.

Para Simmel hay que interrogar a estos productos de la vida moderna para comprender la relación entre los contenidos individuales y los supraindividuales. La impersonalidad que expresa el constante flujo de mercancías regidas por el espíritu calculante se manifiesta en los rasgos de carácter propios de los habitantes de las grandes ciudades, en la indolencia, la aversión y la desvalorización del mundo objetivo. Simmel caracteriza esta reserva en el trato cotidiano como un comportamiento social negativo: "El desarrollo de las culturas modernas se caracteriza por la preponderancia de aquello que puede denominarse el espíritu objetivo sobre el subjetivo; esto es, tanto en el lenguaje como en el derecho, tanto en las técnicas de la producción como en el arte, tanto en la ciencia como en los objetos del entorno cotidiano, está materializada una suma de espíritu cuyo acrecentamiento diario sigue el desarrollo espiritual del sujeto sólo muy incompletamente y a una distancia cada vez mayor." (Simmel, 1986: 259) Simmel percibe un retroceso de la cultura del individuo producto de la creciente división del trabajo. Así, cuanto más desarrolla el individuo un aspecto particular y acotado, más se atrofia su personalidad en tanto totalidad y menos se realiza su cultura subjetiva. Este dilema es característico de la cultura moderna representado en el contraste entre sujeto y objeto, persona y mundo o egoísmo y altruismo y se expresa en la idea moderna de la productividad original del alma.

Pero la gran ciudad es también el ámbito que hace posible el desarrollo de la individualidad. He aquí uno de los motivos que sustenta la apreciación paradójica del lugar del individuo en la modernidad. Esta última aparece a la vez como el momento de pleno dominio de los mecanismos sociales y como la condición de posibilidad del despliegue de la individualidad. Expresa simultáneamente la asociación y disociación de individuo y sociedad, la pretensión de los grandes círculos de abrazar la totalidad de la vida y la resistencia de los elementos individuales a subsumir toda su actividad dentro de la lógica de estas esferas. En pocas palabras, ello representa el hecho de que socialización es al

mismo tiempo individuación. Ello va en línea con los principios sociológicos expuestos en el primer apartado de este artículo.

Simmel entiende que la libertad individual es precisamente un elemento complementario de la gran ciudad en tanto posibilidad de realización de la especificidad e incomparabilidad de cada naturaleza que se expresa en toda configuración vital. La ciudad aparece como el impulso hacia la existencia personal más individual. Mucho colabora en ello el que la ciudad sea el ámbito más elevado para el principio social de la división del trabajo ya que son sus efectos los que impulsan a procesos de diferenciación: “esto conduce a la individualización espiritual en sentido estricto de los atributos anímicos, a la que la ciudad da ocasión en relación a su tamaño.” (Simmel, 1986: 258)

Este movimiento pendular entre una individualización negativa y una individualización positiva no deja de llamar la atención por los rodeos que realiza Simmel para captar toda la esencia del vínculo entre sociedad e individuo. En particular, la gran ciudad es el terreno sociológico y cultural donde se funden y confunden ambos aspectos. Es acertado recordar, como lo realiza Levine, la distinción entre la tragedia sociológica y la tragedia de la cultura ya que ellas remiten simultáneamente al entrelazamiento entre una individualidad sofocada y una individualidad creativa: “Para Simmel la fragmentación de la vida social es emancipante y gratificante, mientras que la fragmentación de la experiencia cultural del hombre es frustrante. Esto se debe a que la fragmentación social promueve las condiciones para el desarrollo de la individualidad, mientras que la fragmentación cultural tanto impide cuanto ayuda al propio desarrollo del hombre.” (Levine, 2002: 48)

Simmel retoma dos concepciones del individualismo correspondientes a los siglos XVIII y XIX. En el primer caso la independencia personal y en el segundo la personalidad singular y única. El primero se vincula al ideal del liberalismo y se sustenta en el principio de la libre competencia. El segundo proviene del romanticismo y Simmel lo asocia a la división del trabajo y la competencia. Este último contrapone la unicidad de la persona al hombre general y abstracto que enuncia el primero. Estas concepciones expresan la contradicción entre igualdad y libertad y las dificultades para su realización simultánea. Una tendencia se orienta hacia la igualdad formal y abstracta de la cuál emerge la libertad abstracta (resumida en el imperativo categórico de Kant), la otra tendencia, por el contrario, tiene como motivo el deseo de diferenciación para alcanzar la realización personal pero que limita la libertad a un sentido restringido de realización interior. Simmel entiende que ninguna de estas dos concepciones logra resolver la configuración de la vida social pero que en la disputa entre ambos motivos sociológicos se encuentra escondido el ideal de la cultura moderna (Simmel: 2002a). Lo social no se funda de manera unilateral en la ley o en la exteriorización de la personalidad individual sino en el entrelazamiento de ambas determinaciones. Allí Simmel nos brinda el motivo final de las páginas glosadas aquí: “En la lucha y en los cambiantes entrelazamientos de estos dos modos de determinar para el sujeto su papel en el interior de la totalidad, transcurre tanto la historia externa como la interna de nuestro tiempo.” (Simmel, 1986: pp.261)

Palabras finales

Es posible observar en Simmel un planteo sociológico de la modernidad, de sus principios sociales concretos que sustentan su organización y del predominio de formas institucionales. Ello no deja de lado el sentido moderno de la separación que funda la percepción contemporánea del mundo, la distinción entre individuo y sociedad. Estos elementos no son ajenos a una sociología que se

pregunta sobre el fundamento del lazo social, cuya respuesta esta del lado de la reciprocidad de derechos y obligaciones entre los individuos.

Lo peculiar del punto de vista de este autor es que entiende que la explicación de la vida social no se puede producir a partir de la generalidad del derecho; precisa además de la moral individual aunque esta sea oscilante y accidental. Así nos dice que la sociedad no tiene interés en la conducta personal en sí aunque la moral individual es un órgano de la sociedad.

El individuo está atravesado por su pertenencia a círculos de distinto alcance, vive la vida de los círculos pequeños, y su socialidad inmediata, y también la de las instituciones. Su socialización no es unívoca pero por la variación que introduce el acrecentamiento de la cantidad que abarcan los círculos, la unidad social deja de ser una relación de persona a persona. Este proceso no sólo es problemático en términos de la autonomía que cobran las formas sociales enfrentándose a los sujetos sino también porque esas formas requieren del individuo un compromiso moral que lo conecte con la vida colectiva. ¿Cómo resolver esta paradoja que acecha al vínculo social moderno? Las huellas de este problema y su posible solución aparecen en los escritos finales de Simmel.

En el escrito "Intuición de la vida" se da por misión encontrar el lugar metafísico en el que debe buscarse el origen del deber ser "para tener debidamente en cuenta tanto la estructura interno-objetiva del fenómeno ético como la relación de este con la conciencia. Por cuestión relativa al 'lugar' entiendo yo la alternativa: si las necesidades morales sacan su contenido y su legitimación de una realidad metafísica más allá de la vida del individuo, esto es, de un principio universal, apoyado en sí mismo, no enlazado de por sí con la vida individual, sino que se enfrenta con ella a modo de ley, especialmente de ley de la razón, de valor moral del acto singular que ha de ser realizado porque su contenido tiene este valor objetivo-moral. O bien: si los contenidos del deber-ser se desarrollan sobre la base de la totalidad de la vida del individuo, de suerte que el acto singular no se exija y juzgue por una ley universal objetivamente igual en cuantos individuos se quiera, sino a tenor del engranaje de la configuración ideal de la vida del mismo modo que su vida real es cabalmente su vida individual e inconfundible." (Simmel, 2001: 119)

En estas páginas Simmel intenta resolver la separación hecha por Kant entre individualidad y legalidad para arribar a una combinación de individualidad y ley, entre el deber ser concreto que impulsa a la vida y la vida real individual que se siente como un deber de realización. El deber-ser proviene del proceso de la vida y no de una regla universal abstracta. El giro final es la posibilidad de dar a lo ideal-normativo un lugar en el individuo que no emerja de una universalidad exterior e impuesta como la representan la doctrina teológica o el derecho abstracto.

Creemos que en estas formulaciones ulteriores Simmel continúa la indagación de los principios de la acción y del autoconocimiento en términos de una metafísica social cuyo fundamento sociológico es la vivencia concreta de una modernidad no regida por un principio último pero amenazada por las potencias del espíritu objetivo. Con ello abre la posibilidad de una sociología ligada a un esfuerzo de comprensión fenomenológico y no a la pura enunciación de los mecanismos de funcionamiento social. Sugerimos entonces que la peculiaridad de la formulación sociológica de Simmel radica en su comprensión de la modernidad como una lucha entre las formas sociales que permiten la condensación y realización de las fuerzas anímicas, y a su vez las ahogan, y los portadores de dichas fuerzas y creadores 'prácticos' de las formas sociales. Es esta tensión, puesta en el núcleo de la sociología a través de su formulación epistemológica, la que le otorga su matiz particular y su ambigüedad intrínseca.

Referencias

- Levine, Donald (1971). Introducción. En Donald Levine (Ed.), *Sobre la individualidad y las formas sociales* (pp.11-75). Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes (2002).
- Rammstedt, Otthein (2003). La Sociología de Georg Simmel. *Acta Sociológica* N°37, 41-76.
- Simmel, Georg (1903). Las grandes urbes y la vida del espíritu. En Georg Simmel, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura* (pp.247-261). Barcelona: Península. (1986).
- Simmel, Georg. (1908). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. (1ª Ed.) Buenos Aires. Espasa Calpe. (1939).
- Simmel, Georg (1917). *Cuestiones Fundamentales de Sociología*. (1ª Ed.) Barcelona. Editorial Gedisa. (2002a).
- Simmel, Georg (1918). *Intuición de la vida: cuatro capítulos de metafísica*. (1ª Ed.), Buenos Aires. Grupo Editor Altamira. (2001).
- Simmel, Georg (1971). Erótica Platónica y erótica moderna. En Donald Levine (Ed), *Sobre la individualidad y las formas sociales* (301-315). Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes (2002b).
- Vernik, Esteban (2002). Prefacio. En Georg Simmel, *Cuestiones Fundamentales de Sociología* (pp.11-22). Barcelona: Editorial Gedisa.

Historia editorial

Recibido: 09/06/2004

Primera revisión: 21/12/2004

Aceptado: 21/01/2005

Formato de citación

Wilgis, Ariel y Berger, Matías. (2005). La relación individuo-sociedad: una aproximación desde la Sociología de Georg Simmel. *Athenea Digital*, 7, 77-86. Disponible en <http://antalya.uab.es/athenea/num7/wilkis.pdf>.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](#).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#)

[Texto completo de la licencia](#)